
Entrada libre

Don Luis González y González y el Colegio de Michoacán

Agustín Jacinto Z.

Nacido en San José de Gracia, Michoacán, don Luis (1925-2003) dedicó los últimos 26 años de su vida al Colegio de Michoacán (ColMich) y a su pueblo natal. Desde la publicación de *Pueblo en vilo* fue ampliamente reconocido en el mundo académico, y hacia 1978 comenzó a gestionar el proyecto de la fundación de El Colegio de Michoacán. Los principales lugares que consideró para ubicarlo fueron la ciudad de Pátzcuaro y la ciudad de Zamora, ambas en Michoacán.

Para ese entonces don Luis contaba entre sus amigos a un buen número de zamoranos notables, que estaban en la mejor disposición de apoyar la creación del ColMich. Don Luis, quien siempre fue muy hábil para el cabildeo, consiguió el apoyo de El Colegio de México, de la Secretaría de Educación Pública, del Gobierno del Estado de Michoacán, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (UMSNH) y del Centro de Estudios Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (entonces CIS-INAH), con lo que pudo echar a andar el proyecto. En la ciudad de Zamora no faltó el apoyo de la presidencia municipal, entonces a cargo del señor Alberto Valdés Mendoza, y de un grupo de zamoranos que generosamente ofreció en donación un terreno de una hectárea para la construcción de las instalaciones. En sus primeros años, el ColMich se alojó en varias casonas rentadas en el centro de la ciudad, hasta que se construyeron los edificios que hoy en día ocupa en el fraccionamiento Las Fuentes, en Zamora.

En ese momento, en provincia faltaban centros de investigación y docencia de posgrado y fue “el paso más importante y decisivo que se ha dado para la descentralización cultural”, como escribió Armando Ponce.¹ El propósito de la institución era “preparar con

¹ Armando Ponce, “Nace, autónomo, El Colegio de Michoacán”, en *Proceso*, núm. 116, enero 22 de 1979, pp. 58-59.

En estrecha colaboración con el doctor Guillermo Bonfil Batalla, entonces director del CIESAS, don Luis creó inicialmente dos centros de estudio con una decena de investigadores: el CEH dedicado a la historia con el doctor Francisco Miranda al frente, y el CEA dedicado a la antropología social con el doctor Guillermo de la Peña como responsable.

solidez a investigadores del Occidente del país, aunque sus puertas estarán abiertas para cualquiera, con absoluta independencia intelectual del Estado, sin dogmatismos metodológicos y sin partidismos ideológicos, si bien quiere la vinculación de sus alumnos con la verdadera realidad social de la región y desprejará el elitismo”.

Allí mismo se citan las palabras de don Luis: “El Colegio de Michoacán ambiciona ser un gimnasio de intelectuales, codicia a personas que les gusta sudar a chorros, anhela tener un equipo de caminantes eternos que no se engolosinan con ningún arribo. El Colegio de Michoacán podría titularse Sociedad Metodófila porque rehuye la instalación de soluciones, porque quiere vivir en el ejercicio incesante de la musculatura intelectual”.

Así, el 15 de enero de 1979 se constituyó El Colegio de Michoacán como asociación civil y la siguiente preocupación de don Luis fue la expedición del decreto federal de creación de la institución. Con ese decreto quedaba asegurado el financiamiento de las labores académicas y administrativas del nuevo Colegio.

En estrecha colaboración con el doctor Guillermo Bonfil Batalla, entonces director del CIESAS, don Luis creó inicialmente dos centros de estudio con una decena de investigadores: el CEH dedicado a la historia con el doctor Francisco Miranda al frente, y el CEA dedicado a la antropología social con el doctor Guillermo de la Peña como responsable. Buscaba don Luis que quienes fueran responsables de proyecto de investigación tuvieran una probada experiencia académica, de manera que se conformara la masa crítica intelectual de la que surgirían los programas de formación de los alumnos. En los tres años siguientes se fundaron dos nuevos Centros: el CER dedicado a los estudios rurales, que quedó a cargo del doctor Jean Meyer, y el CET para el estudio de las tradiciones que conforman la cultura mexicana, a cargo del doctor Francisco Miranda Godínez. Durante la gestión presidencial de don Luis, los cuatro centros abrieron sendos programas de maestría para la formación de nuevos investigadores.

Como puede verse de las palabras anteriormente citadas, entre las ideas rectoras que encaminaban la fundación del ColMich estuvieron: la descentralización, la consecución y mantenimiento de un alto nivel académico, el estudio de lo regional sin despojarlo de su carácter universal, y el compromiso con la ciudad y la región. Como expresó en esa misma ocasión el doctor Francisco Miranda: “El Colegio puede ofrecer conciencia de identidad zamorana y representa una oportunidad para que los zamoranos crean en ellos mismos”; por eso la creación del ColMich representaba para la región “un renacer de la provincia, un renacer de valores”.

Por haber sido incubado en El Colegio de México, el recién nacido buscaba además ser una institución de tamaño mediano, con un número limitado de investigadores que pudieran conocerse e intercambiar ideas para acercarse a la interdisciplinariedad, y un marcado interés por la difusión de los resultados de la investigación, por hacer llegar a la población nuevas perspectivas en la comprensión de sus condiciones de vida, y por establecer víncu-

los con otras instituciones culturales, políticas y de otra índole. La realización de investigación y docencia de alto nivel harían factible la formación de estudiantes, de quienes —al decir de don Luis— “se exigirá sacrificio”, pues “todos los ejercicios de esta institución llevan la marca de la severidad”. Lo que vino a facilitar la realización de estas metas fue la administración como apoyo a las funciones sustantivas, que era también característica de El Colegio de México.

Pero todas estas marcas de nacimiento, este legado de valores académicos vino a complementarse con la manera muy personal de don Luis de convivir con el personal del ColMich. Durante los seis años de su administración (1979-1985), un nutrido grupo de investigadores y auxiliares se sentaba con él a la hora del café para comentar sobre cuestiones académicas, administrativas, regionales y nacionales. Incluso allí se daba a conocer la llegada del presupuesto y algunos pormenores de su distribución. La gran experiencia de don Luis fue así transmitida en alguna medida a sus colaboradores, sin que ello significara que cada quien abandonara sus propias metas. Para la hora en que diariamente llegaba al ColMich, ya don Luis había trabajado desde el amanecer en la hechura de sus textos: en sus libros y artículos, y en los informes a la SEP, a la Junta de Gobierno y a la Asamblea de Asociados, y por eso podía dedicar el resto del día al trabajo institucional. De esta manera, los seis años de su gestión fueron muy productivos académicamente y fructíferos para la institución.

Una constante en el periodo de su presidencia fue el anhelo de que el ColMich tuviera una influencia sobre su entorno, no sólo mediante la gran derrama económica que el ejercicio de su presupuesto implicaba sino, principalmente, mediante las actividades académicas de carácter público tales como las conferencias, los congresos y coloquios, la publicación y presentación de libros, y a través del contacto personal de los colmichianos con los habitantes de la región. La vinculación con otras instituciones fue también parte de sus preocupaciones y, sobre todo, el anhelo de que el ColMich sirviera de modelo descentralizador en toda la provincia mexicana. Don Luis consideró necesaria la fundación de otros colegios a lo largo y ancho del país y colaboró estrechamente con don Wigberto Jiménez Moreno, cuando éste se dio a la tarea de fundar El Colegio del Bajío en la ciudad de Guanajuato. Cuando esa institución entró en crisis administrativa, don Luis hizo todo lo posible por ayudar a salvarla. Por eso estoy convencido de que en recuerdo de don Luis, es muy deseable una nueva fundación de otro colegio en el estado de Guanajuato, ya que los lazos que a él le unían con don Wigberto Jiménez Moreno eran de amistad y de colaboración académica y administrativa.

Hacia el término de su gestión, don Luis sufrió en carne propia las inclemencias de los rayos solares de Zamora, y comenzó a padecer de un cáncer de piel que se fue agravando hasta dañar uno de sus ojos. Posteriormente sufrió también algunos de los achaques que llegan con la edad. Una vez cumplido el periodo de seis años de su administración y un año más de estancia en el ColMich,

Una constante en el periodo de su presidencia fue el anhelo de que el ColMich tuviera una influencia sobre su entorno, no sólo mediante la gran derrama económica que el ejercicio de su presupuesto implicaba sino, principalmente, mediante las actividades académicas de carácter público tales como las conferencias, los congresos y coloquios, la publicación y presentación de libros, y a través del contacto personal de los colmichianos con los habitantes de la región.

don Luis comenzó a pasar temporadas cada vez más largas en su pueblo natal, San José de Gracia, aunque nunca dejó de pensar en la buena marcha de la institución fruto de sus muchos esfuerzos y de los de sus colaboradores. El golpe más duro para él fue el fallecimiento de su esposa, doña Armida de la Vara, que lo sumió en profunda tristeza y que le hizo perder mucho del optimismo que lo caracterizó durante toda su vida.

En los últimos años, incluso con dolores reumáticos y los estragos de la quimioterapia, don Luis visitaba el ColMich para platicar con todo aquél que quisiera acercársele. Así fue viendo los cambios en la institución, estuvo en posición de apreciar los esfuerzos de los presidentes del ColMich que le sucedieron, y pudo dar sus bien fundadas opiniones cuando éstas le eran solicitadas.

Además de ser miembro de la Academia Mexicana de la Historia y de El Colegio Nacional, don Luis recibió homenajes y reconocimientos regionales, nacionales e internacionales. El último de ellos, que por su estado de salud ya no pudo recibir en persona, fue la medalla Belisario Domínguez que le otorgó el Senado de la República en el año 2003.

El optimismo, la bonhomía, el sentido de responsabilidad y el tacto en sus relaciones personales, aunados a su pasión académica y sus grandes logros, hacen de don Luis González y González una figura inolvidable y ceñera en el acontecer cultural de nuestro país.

Descanse en paz.

